

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore
Editores

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

Siglos XIX y XX



Capítulo 12



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

Bibliotecas y cultura letrada en América Latina

Siglos XIX y XX

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

BIBLIOTECAS Y REVOLUCIÓN EN CUBA

Ricardo D. Salvatore

La Revolución cubana se propuso desde su inicio reducir rápidamente el analfabetismo en la isla y crear una masa de lectores obreros y campesinos que pudiesen integrarse a la construcción de una cultura socialista. La campaña de alfabetización de 1961 produjo, en efecto, un incremento significativo del número de lectores y permitió el lanzamiento de un programa de difusión del libro y la lectura entre los sectores más postergados de la sociedad cubana. La Biblioteca Nacional de Cuba (BNC) fue el epicentro de este huracán cultural, debido a que desde allí se irradiaron una serie de iniciativas que apoyaron tanto la afirmación del culto a la lectura como la promoción del socialismo como sistema viable.

Este ensayo plantea que la promesa de la Revolución de dispersar libros y bibliotecas en el campo no se cumplió. El sistema bibliotecario cubano fue centralizado y fuertemente estatista. La estatización de colecciones privadas aumentó el capital bibliográfico de la BNC, la que promovió la lectura y, a la vez, cultivó el estudio de la cultura cubana y, en particular, de la obra de José Martí. Una producción masiva de textos escolares y de manuales técnicos permitió acompañar desde el Estado la demanda de libros del programa educativo de la Revolución. Centrándome en el análisis de la figura de la bibliotecaria de la Revolución, María Teresa Freyre de Andrade, trato de interrogar en qué medida la BNC pudo construir un camino intermedio entre las necesidades de modernización técnica y de servicios y los imperativos del nacionalismo revolucionario; un sendero que hiciera compatibles la construcción del socialismo y la elección del lector. Este ensayo desnuda las tensiones en la construcción de una biblioteca a la vez moderna y socialista en la primera década de la Revolución.

PROMESAS DE LA REVOLUCIÓN

La Revolución, sabemos, prometió muchas transformaciones, entre otras: la reforma agraria, la alfabetización, la igualdad racial, la mejora de la salud pública, la industrialización o, al menos, el desarrollo económico no dependiente, la construcción del «hombre nuevo» y la erradicación de los burdeles y las casas de juego¹. Con el tiempo llevó a cabo algunas de estas transformaciones, otras no. Una de las promesas iniciales resulta llamativa. Fidel Castro prometió que la Revolución haría posible tener «una biblioteca en cada casa». La idea de llevar los libros a nuevos lectores campesinos significaba redireccionar hacia el campo el énfasis de la política cultural de la Revolución. Esto traería una radical descentralización de las lecturas y de la acumulación libresca. De cumplirse esta promesa, se multiplicarían por doquier las pequeñas bibliotecas privadas, lo que compensaría el prestigio y poder asociados a las bibliotecas de La Habana, Santiago y Matanzas.

Como veremos, la Revolución tomó luego un giro diametralmente opuesto, al privilegiar la concentración de libros en la capital y en una sola institución: la BNC. La modernización de la Biblioteca Nacional le permitió a Castro lanzar desde La Habana un proyecto cultural nacionalista revolucionario que, desde el comienzo, articuló patriotismo, alfabetización y promoción de la lectura popular como claves para la formación de una nueva conciencia socialista. En opinión de Castro, los campesinos consideraban los libros como objetos valiosos, deseados pero inaccesibles. La pobreza, el analfabetismo y la distancia a las ciudades los había alejado de la posibilidad de coleccionar libros. Dijo Fidel Castro en 1960:

Antes solamente podían tener bibliotecas muy contadas personas [...] es rara la casa campesina, obrera en que se encuentre una biblioteca, y no es que no les interese. Nosotros nos recordamos cuando estábamos en la Sierra Maestra, en la época que evacuaron a todos los campesinos, llegábamos a los bohíos y estaban vacíos, *siempre nos encontrábamos algún librito*. Un libro de agricultura, un librito religioso, un libro de modas, siempre había un libro en cualquier casa por humilde que fuera. *Y los campesinos, por ejemplo, aprecian mucho los libros, los aprecian también las familias, como se aprecian todas las cosas que no están al alcance de las manos de las personas* (citado en Santonja & Estrada, 2012, pp. 15-16; énfasis propio).

Restricciones a las importaciones de libros, debido a falta de divisas y el bloqueo comercial norteamericano, pronto llevaron a la necesidad de establecer un monopolio estatal en la producción de libros. Una imprenta nacional con capacidad

¹ Sobre las prioridades y promesas de la Revolución en su primera década véase García Luis, 2008; Levinson & Brightman, 1971; Thomas, 1971; Matthews, 1975; y Lievesley, 2004.

de publicar y distribuir libros masivamente, Castro pensaba, podría revertir la escasez de bibliotecas y lecturas en el campo, propia de la era prerrevolucionaria:

Y esto nos permitirá *hacer decenas de miles de bibliotecas, nos permitirá hacer una biblioteca en cada casa*. No solo bibliotecas para los trabajadores cuando regresen a su trabajo, sino también bibliotecas para los niños, los niños no tienen libros, muchas de esas obras que son famosas, obras infantiles, que son alegría de los niños, tampoco estas las pueden leer. Todas estas obras reconocidas mundialmente como las mejores para la mentalidad infantil, para educar a los niños, pues también se van a imprimir (citado en Santonja & Estrada, 2012, pp. 15-16; énfasis propio).

Una imprenta nacional permitiría transformar radicalmente el panorama de la lectura en la isla, al canalizar los intereses de los nuevos lectores (obreros, campesinos y niños) hacia obras de la cultura cubana y textos de formación política (marxista-leninista). La Revolución no solo reemplazaría libros importados por libros de producción nacional; también utilizaría la producción y distribución de libros como plataforma para un programa de concientización en los nuevos valores del nacionalismo revolucionario. Según Castro, la Revolución sacaría a campesinos y obreros de su miseria intelectual y llevaría a todos los hogares el bien supremo de los libros. Esto requería crear decenas de miles de pequeñas bibliotecas, lo que traería como efecto una descentralización radical del conocimiento y la lectura.

Este tramo del discurso de Castro es sorprendente: plantea un futuro en que los libros irían a donde están los lectores, a sus lugares de trabajo y a sus hogares. De manera paradójica, este programa inicial suponía un catálogo de lecturas canónico y elitista. Castro no se planteó revisar lo que las élites intelectuales europeas consideran grandes libros, sino, por el contrario, poner estas obras maestras al alcance de las masas. En esta promesa primera, el líder de la Revolución imaginó los deseos populares de lectura como dirigidos hacia obras reconocidas mundialmente.

Castro nunca pudo cumplir estas exageradas promesas. Durante la primera década de su gobierno (1959-1969), la Biblioteca Nacional organizó una red de bibliotecas públicas que llegó a integrar y poner bajo su tutela más de trescientas bibliotecas públicas. También se crearon minibibliotecas en pequeños poblados, pero no sabemos en qué número —de seguro, no fueron «decenas de miles»—. La bibliotecaria de la Revolución, María Teresa Freyre de Andrade, hizo lo que estuvo a su alcance para llevar el libro al lector, iniciar a los niños en la práctica de la lectura y promover la formación de una colección cubana en la Biblioteca Nacional. Pero sus esfuerzos, como veremos, fueron contrarrestados y desvirtuados por un Estado centralizado que prefería el adoctrinamiento a la diversidad de las lecturas. A su vez, la dinámica de la Revolución consolidó un modelo de acumulación cultural

basado en el monopolio estatal de la producción de libros, la concentración de las colecciones en ciudades y, con el tiempo, el control ideológico de las lecturas.

Castro trató de hacer realidad el sueño de libros abundantes al alcance de familias obreras y campesinas. La Imprenta Nacional, bajo la dirección del ya famoso escritor Alejo Carpentier, produjo tiradas masivas de obras maestras de la literatura nacional e internacional —entre ellas, una edición de cien mil ejemplares del *Quijote* de Cervantes—. Pero, por motivos ideológicos, el balance fue girando hacia manuales técnicos y de adoctrinamiento político-ideológico. Como explico más adelante, la Revolución produjo tanto una sobreoferta de manuales y un puñado de «obras maestras» como una drástica reducción de la diversidad de lecturas, debido a la selección controlada y un tanto caprichosa de los inventarios en las librerías del Estado, lo que se tradujo en una percepción generalizada de escasez de libros.

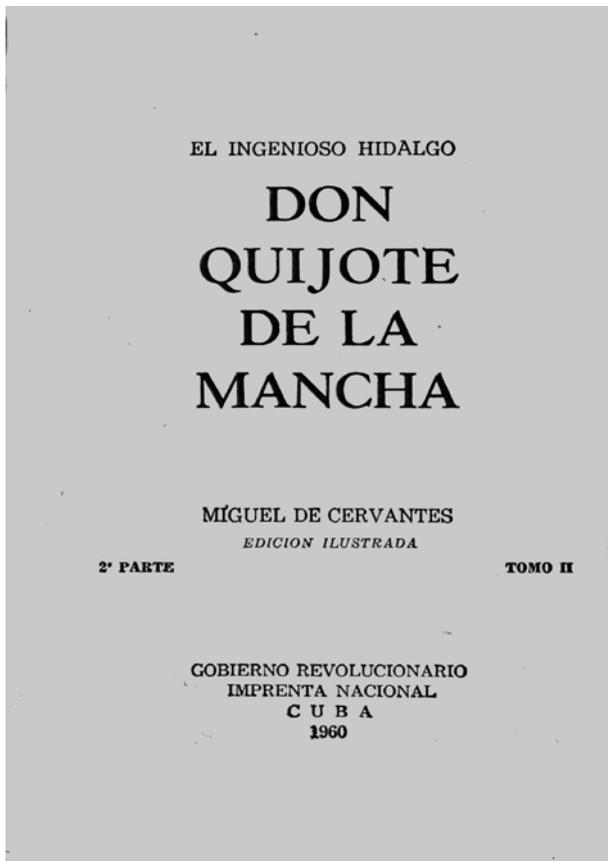


Figura 1. *Don Quijote*, el primer libro publicado por la Imprenta Nacional de Cuba en 1960.

Hacia 1971 la utopía de cientos de miles de bibliotecas familiares había sido reemplazada por un Estado-bibliotecario que tutelaba la cultura nacional y promovía la conciencia socialista en formas mucho más rígidas que las imaginadas por los intelectuales y los bibliotecarios. La Biblioteca Nacional, así como la red de bibliotecas públicas asociadas, pronto se llenó de textos marxistas-leninistas y de manuales técnicos soviéticos. Pero no nos adelantemos. Es necesario primero examinar los relatos de los expertos acerca de las transformaciones en las bibliotecas cubanas durante la Revolución y, para ello, debemos necesariamente examinar un evento trascendente en la política educativa de este periodo.

ALFABETIZANDO CON CARTILLAS

Durante 1961 una proporción significativa de la población cubana, especialmente los jóvenes, se movilizaron para llevar adelante una masiva campaña de alfabetización. Estudiantes de secundaria interrumpieron sus estudios para trasladarse a centros de entrenamiento —el más grande en la playa de Varadero—, desde donde se dirigieron a áreas rurales. Muchos de ellos se alojaron en las humildes viviendas de campesinos y trabajadores y compartieron con ellos las tareas cotidianas². Dedicando unas horas al día durante varios meses, los jóvenes brigadistas enseñaron a leer y escribir a una multitud de iletrados. El número es preciso, porque se repitió en los mensajes oficiales y los relatos de los alfabetizadores. Fueron 707 000 los que se alfabetizaron ese año, lo que redujo sustancialmente la tasa de analfabetismo de 23,6% en 1953 a 3,9% al final de la campaña de 1961³.

La movilización de jóvenes brigadistas fue masiva. Más de 300 000 jóvenes, maestros y trabajadores participaron de la campaña, como resultado de un esfuerzo de propaganda sin precedentes (Abendroth, 2009, p. 86). Para jóvenes que tenían de 14 a 16 años, la experiencia de la campaña de alfabetización debió ser enriquecedora. En su convivencia con las familias de los trabajadores y campesinos aprendieron acerca de la situación de pobreza y de las miserias del subdesarrollo. A cambio, ellos dieron a los adultos analfabetos la capacidad de leer y escribir. Fue, en este sentido, un intercambio mutuamente beneficioso (Abendroth, 2009, p. 20)⁴.

² Felipe Pérez Cruz relata: «El maestro alfabetizador trabajaba por el día con su anfitrión en las labores agrícolas, y por la tarde y noche enseñaba a los analfabetos. Vivía en la casa hasta que todos los miembros de la familia aprendían a leer y escribir» (Pérez Cruz, 2001, p. 180).

³ Véase Abendroth, 2009, pp. 73, 86. Los responsables de la campaña, por su parte, creían haber alfabetizado a todos los analfabetos que lograron localizar en el censo, cerca de 750 000.

⁴ Son numerosos los estudios sobre la campaña de alfabetización. Sobre sus orígenes en las guerrillas de la Selva Maestra, véase Suárez Amador, 2009. Estudios específicos de la campaña son los de Pérez Cruz, 2001, y Abendroth, 2009. Sobre los efectos de la campaña en el proceso educativo,

Mirada desde un punto de vista político, la Campaña Nacional de Alfabetización fue aún más eficaz, porque diseminó a lo largo y ancho de la isla la doctrina del socialismo, la posición antiimperialista de Cuba y el nacionalismo inspirado en José Martí. La campaña fue diseñada desde un principio como un instrumento de adoctrinamiento revolucionario y de propaganda para el proceso de construcción del socialismo en Cuba. Algunos sostienen que esta exitosa movilización —junto, por cierto, con los ataques norteamericanos— aceleró el giro de los líderes revolucionarios hacia el socialismo. Otros dicen que dentro de las mismas campañas de alfabetización surgió la idea de crear el Partido Único de la Revolución (Pérez Cruz, 2001, p. 174).

Dado que la campaña de alfabetización coincidió con los ataques estadounidenses a la Bahía de Cochinos —episodio que los cubanos llaman «Playa Girón»— y con actos de sabotaje, incendios y asesinatos llevados adelante por «bandidos contrarrevolucionarios», la población cubana vivió este tiempo con una mezcla de temor, incertidumbre y orgullo por su nación⁵. La derrota de la invasión en Playa Girón es considerada un divisor de aguas en la consolidación del apoyo de la población a Castro y a su proyecto de construir el socialismo en Cuba. Las memorias de los brigadistas alfabetizadores no dejan duda de que 1961 fue un año que vivieron en peligro, con una mano en las cartillas de alfabetización y con la otra en el fusil. También fue aquel un año en que muchos aprendieron a valorar el esfuerzo de la Revolución por elevar el nivel intelectual de los cubanos. Los millares de cartas que los nuevos alfabetizados enviaron a Castro son testigos de este sentimiento colectivo de agradecimiento (Abendroth, 2009, pp. 3 y 86).

La campaña de alfabetización se llevó a cabo básicamente con tres documentos: una cartilla, un manual y un cuaderno de consejos a los brigadistas. *¡Venceremos!* fue una cartilla educativa que contenía trece lecciones para aprender a leer y escribir. Utilizaba el método silábico y se valía de fotografías para introducir la problemática de Cuba, la Revolución y el contexto internacional. La primera lección comenzaba con la enseñanza de las vocales a partir de una imagen de la OEA. La última lección mostraba una foto de una multitud en un país vecino manifestando solidaridad con el pueblo cubano (Abendroth, 2009, pp. 67-68, 77-78). La cartilla mataba dos pájaros de un tiro: enseñaba a los analfabetos a leer y escribir, al tiempo que les explicaba las razones de la Revolución.

véase Leiner, 1984. Literatura sobre los brigadistas hay mucha, entre ellos, Levinson & Brightman, 1971.

⁵ Mark Abendroth escribe: «El ataque de Estados Unidos sobre los aeropuertos cubanos, las declaraciones de Castro sobre la naturaleza socialista de la Revolución, y la invasión a la Bahía de Cochinos, todos ocurrieron en abril [de 1961] mientras la movilización masiva de la Campaña [de alfabetización] estaba en marcha» (2009, p. 19).

Alfabetícemos era un manual de 98 páginas destinado a dotar a los brigadistas de herramientas sobre qué y cómo enseñar. El manual se dividía en veinticuatro temas, alusivos a la Revolución y la posición de Cuba frente al imperialismo norteamericano. Utilizaba poemas de Martí y frases de Castro para infundir patriotismo y compromiso, y presentaba el problema del analfabetismo como producto del subdesarrollo y de la condición semicolonial de Cuba desde 1898. Además de instrucciones de cómo utilizar la cartilla educativa, este manual contenía temas de orientación revolucionaria para ayudar a los brigadistas en su tarea propagandística. Un glosario al final presentaba las palabras del nuevo vocabulario revolucionario. Un tercer panfleto, *Cumpliremos*, contenía materiales adicionales destinados a la lectura de los brigadistas, que podían o no emplearse en las clases (Abendroth, 2009, pp. 68-75).

Como vemos, estos textos eran cartillas, manuales de instrucción y panfletos destinados exclusivamente a un propósito: alfabetizar al mayor número de analfabetos, en el menor tiempo posible y al menor costo. Además, servían para difundir los ideales de la Revolución entre los trabajadores y campesinos. Como reconoce Mark Abendroth, estos materiales didácticos sirvieron tanto para alfabetizar al iletrado como para combatir ideológicamente la opresión, el neocolonialismo y el atraso (Abendroth 2009, p. 78). ¿Eran estos los «libros» de las «bibliotecas móviles» a los que se refería Fidel Castro? Estas publicaciones, que distaban de parecerse a un libro, no habían sido concebidas para ser acumuladas en bibliotecas. Su función era específica para ese momento y su vida fue probablemente efímera. Hoy se conservan ejemplares de estas cartillas en el Museo de la Campaña de Alfabetización, pero nadie sabe dónde fueron a parar los más de 200 000 ejemplares publicados para este propósito.

Volvamos por un momento a la cuestión de los libros en el momento formativo de la guerrilla revolucionaria. Las campañas de alfabetización comenzaron en la Sierra Maestra durante las escaramuzas con las fuerzas de Batista. En un discurso pronunciado poco después del triunfo de la Revolución, Castro recordó que el ejército rebelde debió proveer maestros que enseñaran a los reclutas campesinos, en su mayoría analfabetos. Y para ello hubo que transportar cartillas y otros materiales de lectura. Los libros resultaban un objeto extraño en la sierra, un objeto frágil, difícil de preservar de las inclemencias del tiempo. Al cabo de un tiempo, recuerda Castro, los «libros» terminaban mojados y rotos: «Siempre fue una guerra muy móvil. Con la humedad de los montes, las caminatas, las lluvias, los libros constantemente nos era imposible protegerlos de la inclemencia del tiempo, se rompían» (citado en Suárez Amador, 2009, p. 21).

A pesar de estos inconvenientes, dijo el líder de los rebeldes en enero de 1961, los maestros-soldados «llevan, cada uno de ellos, una pequeña biblioteca y una

cartilla de alfabetización». En su entender, era la primera vez que un ejército llevaba al frente de batalla dos instrumentos tan disímiles: el fusil y la cartilla⁶. Las armas y los libros se combinaban porque los soldados-campesinos, ahora en pleno proceso de construcción del socialismo, estaban empeñados en erradicar el analfabetismo y, al mismo tiempo, trataban de defender la isla de los ataques de norteamericanos y de «bandidos» contrarrevolucionarios.

Estos dos momentos enunciativos (1959 y 1961) nos revelan que, desde el principio, la democratización de la instrucción y de la lectura estuvo entre las preocupaciones de los revolucionarios cubanos. Sin embargo, estas primeras alusiones de Castro presentan una doble dificultad: la fragilidad de los libros en la humedad de la sierra —una dificultad real— y la idea de pequeñas bibliotecas en las mochilas de los soldados —una dificultad interpretativa—. ¿Podemos llamar «biblioteca» a un grupo pequeño de textos que se mueve de un lugar a otro y que es por naturaleza frágil y poco durable?

LA BIBLIOTECA NACIONAL DURANTE LA REVOLUCIÓN

Aunque las promesas de Castro no se cumplieron, hubo un notable progreso en materia de bibliotecas en Cuba a partir de la Revolución. Antes de la Revolución había solo treinta bibliotecas públicas en la isla; hacia 1990 cada una de las catorce provincias y las 179 municipalidades contaban con una biblioteca. A esto deben sumarse unas 2900 bibliotecas escolares. Hacia 1976 el gobierno cubano creó una red de información científica que unía a 46 bibliotecas especializadas y 19 centros de información técnico-científica (Chesepeuk, 1990).

La Revolución estatizó una serie de bibliotecas «privadas» —en realidad, bibliotecas mantenidas por asociaciones civiles y de consulta pública—, por lo que sus líderes pudieron afirmar que, así como había ocurrido en Rusia en 1917, el Estado revolucionario se había quedado con las bibliotecas de burgueses y terratenientes⁷. En 1959, en acuerdo verbal de ministros, el consejo revolucionario determinó que «todas las bibliotecas recuperadas de las personas que se habían ido

⁶ Se trata de un discurso pronunciado en Santa Clara, en enero de 1961, con ocasión de la graduación del segundo contingente de maestros voluntarios. Dice Fidel Castro: «[...] las patrullas de milicianos obreros, que están tomando posiciones y moviéndose entre los cerros, llevan cada uno de ellos, una pequeña biblioteca y una cartilla de alfabetización, es decir, que no solo van a combatir y liquidar a los elementos contrarrevolucionarios, sino que van a desarrollar, al mismo tiempo, la Campaña de Alfabetización en el Escambray [...]. Ninguna fuerza militar en la historia del mundo hubiese llevado juntos estos dos instrumentos: el fusil y la cartilla de alfabetización» (citado por Suárez Amador, 2009, p. 29).

⁷ En Rusia, el nuevo capital libresco en manos del Estado llevó a imaginar la formación de importantes bibliotecas en zonas rurales. Con el tiempo, sin embargo, los líderes se dieron cuenta

del país y de las instituciones intervenidas debían de ser enviadas para la Biblioteca Nacional» (Fernández Robaina, 2001, p. 64). De esta manera, creció súbitamente el acervo bibliográfico de la BNC hasta llegar, quizá en dos o tres años, a la cifra de 1,5 millones de volúmenes.

¿Qué cambios trajo la Revolución a la organización de bibliotecas y al capital libresco de la república? Los relatos de los bibliotecarios sobre los procesos de modernización y reorganización de la Biblioteca Nacional coinciden en sus grandes trazos (por ejemplo, Fernández Robaina, 2001; Viciado Valdés, 2009; Ramos 1972). Según estas fuentes, la Revolución marcó un antes y un después tanto en la acumulación libresca como en el acceso del público a los libros. Antes de la Revolución, la condición neocolonial o dependiente del país hizo que la Biblioteca Nacional pasara las penurias típicas del subdesarrollo: abandono estatal, escasa capacitación del personal, bajísimos presupuestos y edificios inadecuados. Después de la Revolución todo cambió: la BNC, que había sido un depósito de libros vacío de lectores, se transformó en un elemento crucial para la construcción de la nueva cultura socialista en la isla. En palabras de Miguel Viciado Valdés, la Biblioteca Nacional y el resto de las bibliotecas públicas se convirtieron en «verdaderos centros de irradiación de la cultura» (Viciado Valdés, 2009, p. 62).

A partir de 1959 se produjo una centralización administrativa de todas las bibliotecas y colecciones: la Biblioteca Nacional se transformó en un centro de información moderno, funcional al proyecto de democratización de la cultura y a la construcción del socialismo. Mejoraron los catálogos, se promovió la investigación sobre la cultura cubana, los libros se hicieron baratos y accesibles, y las bibliotecarias prepararon manuales técnicos y bibliografías que ayudaron al desarrollo económico de Cuba. Como veremos seguidamente, la directora de la BNC trabajó esforzada y sostenidamente para hacer llegar el libro al lector y reducir la brecha que separaba a la élite de las masas trabajadoras y campesinas.

En este sentido, Viciado Valdés sostiene una controvertida y contundente idea: solo la Revolución cubana dio inicio al movimiento masivo de bibliotecas públicas.

La Biblioteca Pública como unidad de información e institución cultural de alcance masivo surgió realmente con el triunfo del 1 de enero de 1959. Las primeras leyes revolucionarias a favor de la cultura y del pueblo favorecieron la creación y formación de una Red de Bibliotecas Públicas que —orientadas por la nueva Dirección Nacional de bibliotecas y bajo la conducción de María Teresa Freyre de Andrade— se insertaron en los municipios, los barrios y

de que no habría suficientes lectores en el campo y comenzaron a enviar las colecciones hacia las grandes ciudades (Egorov, 1930).

las comunidades al servicio de la educación y la cultura general del pueblo (Viciedo Valdés 2009, p. 22).

Es más, Viciedo Valdés indica que las bibliotecas cubanas después de la Revolución adquirieron el carácter de bibliotecas de masa, al servir como un centro de acción para la formación cultural y política del pueblo trabajador (p. 23). Luego, como resultado del acercamiento a la URSS, las bibliotecas de Cuba se beneficiaron de los aportes de los expertos soviéticos. Aparentemente, el *Manual de biblioteconomía* de Ogan Stepanovich Chubarian se utilizó para modernizar las bibliotecas públicas cubanas (Viciedo Valdés, 2009)⁸. Chubarian fue director diputado de la Biblioteca Estatal Lenin por muchos años y dirigió, dentro de la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios y Bibliotecas, el Comité de Teoría e Investigación.

Durante este periodo, la BNC participó de una controversia entre los Estados Unidos y la URSS acerca de la naturaleza y utilidad de las bibliotecas. Esta gran confrontación tuvo como líderes a Jesse Shera, como exponente de la «bibliotecología burguesa», y a Chubarian, como defensor de la «bibliotecología socialista» (Moncada Patiño, 2008). En la concepción soviética, la biblioteca pública tenía por objetivo hacer participar a las masas en la solución de tareas político-económicas. Sus fondos bibliográficos, por tanto, debían ser socialmente útiles, es decir, debían servir para modelar la concepción de mundo de los lectores para formar una conciencia socialista (Riveros Guerrero, Salamanca & Rivero Torres, 2012, p. 9). En este sentido, la bibliotecología soviética fue fundamentalmente diferente de su par occidental-capitalista. La idea de la libre autoformación del lector dentro de una biblioteca era ajena a la concepción socialista de la ciencia bibliotecaria. Sin embargo, una revisión del papel de los libros y la lectura durante la Revolución, así como el examen de la formación y políticas de la bibliotecaria que acompañó a Castro durante sus primeros ocho años de gobierno, permiten abrigar ciertas dudas acerca del carácter puramente socialista de la BNC.

ESPLENDOR Y CAÍDA DE LA BIBLIOTECARIA REVOLUCIONARIA

Sabemos relativamente poco de la bibliotecaria que dirigió la BNC durante los primeros ocho años del gobierno revolucionario. María Teresa Freyre de Andrade fue una militante del partido «ortodoxo» que se unió a la Revolución y que, desde

⁸ Existen varias ediciones en español de la obra de Chubarian, de las cuales la más difundida tal vez sea la edición de 1976 de la Editorial Científico-Técnica de la Habana. Chubarian es conocido por haber enfatizado que el objeto de la Biblioteconomía es investigar la función social y económica de las bibliotecas, en particular su mediación en la relación libro-sociedad.

su puesto al frente de la BNC, promovió una serie de reformas que intentaron elevar el nivel literacidad funcional de las masas⁹. Se dice de ella que protegió de la represión castrista a algunos escritores independientes y que durante su gestión no hubo censura ni destrucción de libros inconvenientes. Pero, al momento, carecemos de una biografía comprehensiva sobre esta figura central a la vida intelectual cubana.

Luego de la Revolución, Castro encargó la dirección de la Biblioteca Nacional a Maruja Iglesias, su compañera en la Sierra Maestra, quien a su vez sugirió nombrar en ese puesto a María Teresa. La elección no pudo ser más afortunada. Sus méritos eran notables. Ella no solo había sido una de las pioneras de la bibliotecología moderna en Cuba, sino que también había contribuido a crear, desde la sociedad civil, organizaciones de bibliotecarios que lucharon por el mejoramiento de las bibliotecas¹⁰. También había desafiado y sufrido en carne propia las persecuciones de dos dictaduras, la de Machado y la de Batista, lo que le había costado permanecer un tiempo largo en el exilio¹¹. Hacia 1959, María Teresa era una persona reconocida internacionalmente: en el pasado había estudiado en Francia y realizado pasantías en importantes bibliotecas de Estados Unidos, y más recientemente había trabajado como consultora de la UNESCO¹².

Nominada por una famosa guerrillera, Freyre de Andrade comenzó su tarea rodeada de la intelectualidad revolucionaria. Salvador Bueno, Cintio Vitier, Eliseo Diego y Alejo Carpentier fueron sus consejeros. En su primera resolución como directora fijó claras prioridades. La Biblioteca Nacional valorizaría la tradición cultural cubana, haría conocer el talento cubano, trabajaría para la superación cultural de las grandes mayorías y buscaría aminorar la brecha cultural entre la capital y el resto de la isla (Montes de Oca & Rivera, 2006). Pensaba además que, como una biblioteca pública, la BNC debía tratar de llegar al lector, dondequiera que este se encontrara.

⁹ El Partido del Pueblo Cubano —u Ortodoxo— fue un partido cuyas principales consignas fueron el nacionalismo antimperialista y la lucha contra la corrupción.

¹⁰ Desde su juventud, trabajó en la biblioteca del Lawn Tennis Club, una asociación de élite. Allí dictó los primeros cursos de manejo bibliotecario. Desde 1938 trabajó en la biblioteca de la Universidad de La Habana y fue nombrada jefa de Hemeroteca en 1943. María Teresa fue una de las fundadoras de la Asociación Nacional de Profesionales de Bibliotecas, que comenzó a publicar su revista especializada *Cuba Bibliotecológica*.

¹¹ Los matones de Machado habían asesinado a tres de sus tíos en un hecho mafioso que tuvo trascendencia internacional. A raíz de esta persecución debió buscar refugio en México.

¹² En 1945 María Teresa viajó con una beca de ALA a Nueva York, donde realizó una pasantía en la Biblioteca Pública de Nueva York. Allí comprobó que una biblioteca pública podía actuar como un centro de distribución de lecturas y como auxiliar de la educación pública (Montes de Oca & Rivera, 2006). En 1949 fue nombrada «especialista de programa» en la UNESCO, con lo que comenzó una larga cooperación con esta entidad. En los años que siguieron pudo asistir a conferencias en el exterior.

Muchas de estas ideas no eran nuevas. En 1940 María Teresa había defendido la biblioteca popular como una institución activa, promotora de la lectura (Montes de Oca & Rivera, 2006). Su modelo era el de las bibliotecas obreras europeas. Cooperación y esfuerzo societario era todo lo que se necesitaba para crearlas. Estas bibliotecas dictarían cursos a las clases trabajadoras y, con el tiempo, se convertirían en verdaderas «universidades populares». En 1941 publicó en una revista dominical ensayos cortos sobre bibliotecas. Uno de ellos abogaba por un plan para organizar las bibliotecas cubanas según las técnicas de catalogación y clasificación utilizadas en los países desarrollados. En otros ensayos lamentó la falta de personal experto, criticó las donaciones de libros como única fuente de las colecciones, e instó a interconectar las bibliotecas existentes. Ese mismo año publicó un folleto en favor de la creación de bibliotecas escolares, similares a las que existían en Estados Unidos. Por esos años promovió la creación de servicios de referencia y de adquisiciones en las bibliotecas cubanas (Montes de Oca & Rivera, 2006).

Durante su gestión la BNC experimentó cambios significativos. Se creó la Sala Juvenil, el Departamento de Extensión, la Campaña de Lectura Popular, la Sala de Ciencia y Técnica, la Biblioteca Circulante y el Departamento Metódico. Se creó además una sala de música y otra de arte, y se estableció el servicio de referencias, para orientar al lector-investigador en sus búsquedas. Fue también durante este periodo que se abrió la Sala José Martí, una colección dedicada al estudio de la obra del escritor y héroe de la independencia cubana. Estas transformaciones hicieron de la BNC una biblioteca moderna al servicio de la instrucción y la elevación cultural de las masas.

María Teresa fue una entusiasta revolucionaria. Durante su gestión, la BNC apoyó con un programa de extensión de la lectura las políticas educativas de la Revolución. Y, por lo que sabemos, apoyó las diversas manifestaciones convocadas por el partido y por Castro. Por ejemplo, en 1966 hizo un llamado a los bibliotecarios a acompañar la celebración del aniversario de Playa Girón y, más tarde, promocionó activamente las movilizaciones para la «Zafra de los Diez Millones» (Fernández Robaina, 2001, p. 70). Pero tal vez su pasado ortodoxo, su pertenencia a una familia aristocrática, su experiencia internacional y, sobre todo, sus ideas acerca de qué era una biblioteca moderna llevaron a enfrentarla con el liderazgo revolucionario y causaron su alejamiento hacia 1967.

Sabemos que en 1964 María Teresa dio un discurso a la juventud comunista de la propia biblioteca en el que se refirió al problema de la función de las bibliotecas en los procesos revolucionarios (Freyre de Andrade, 1964). Las bibliotecas, dijo entonces, son importantes para la Revolución en tanto se mantengan consustanciadas con ella. Freyre de Andrade creía que la Revolución cubana debía sostenerse en ideas directrices emanadas del liderazgo revolucionario. En este sentido, las bibliotecas

jugarían un rol central en la difusión de ideas en la transición al socialismo. Pero, por otra parte, ella veía a la Biblioteca Nacional como una institución al servicio de la formación de individuos pensantes y críticos, como un centro de información de consulta abierta a todos. Dijo entonces:

Nosotros no tenemos que verlas como un lugar donde se guardan los libros, sino desde un punto de vista mucho más amplio y dinámico. Es preciso valorarlas como lo que realmente son: como vehículos de las ideas. A ellas corresponde el proporcionar libros a todo el mundo y nada puede haber más importante, ya que eso equivale a que todo el mundo piense por sí mismo y con conocimiento de causa (Freyre de Andrade, 1964, p. 2).

A diferencia de las bibliotecas capitalistas, las bibliotecas de un país socialista debían estar al servicio de la masa de trabajadores y servir a su cohesión como comunidad de ideas. En su discurso, Freyre de Andrade citó a Lenin, un «lector infatigable» que predijo que, en el futuro, las bibliotecas tendrían un papel principal en la difusión de la cultura, en el cuidado de los testimonios del pasado y en la construcción de la sociedad socialista. Por ello, siguiendo el pensamiento de Lenin, ella propuso que la BNC esté al servicio de la construcción del socialismo, además de servir como repositorio del acervo cultural de la nación cubana. Si esto era así, era preciso que la biblioteca coleccionara todo tipo de materiales, no solo libros y revistas: «La Biblioteca es un centro al servicio de la cultura en todas sus manifestaciones. Por eso la nuestra incluye cuadros, música impresa, mapas, grabados, dibujos, discos, manuscritos; en una palabra, todo lo que forma el acervo cultural del hombre» (Freyre de Andrade, 1964, p. 3).

La primera de las funciones —servir de apoyo a la labor propagandística y educativa de la Revolución— haría que la Biblioteca Nacional fuera muy diferente de los modelos capitalistas extranjeros. La Biblioteca Británica podría ser magnífica y bien organizada, pero no servía como modelo a la construcción de una sociedad socialista.

Es decir, que no sería posible ni efectivo que comenzáramos en la Cuba de hoy a imitar lo que hace la Biblioteca Nacional de Inglaterra, que es una de las mejores del mundo. No podemos nosotros en Cuba, en la Cuba actual, tratar de copiar lo que hacen los ingleses en sus Bibliotecas. No, compañeros; si procediéramos así, no estaríamos formando parte de la sociedad cubana del presente; tendríamos una Biblioteca magnífica, la tendríamos bien clasificada, le daríamos un buen servicio a muchas personas, pero no estaríamos formando parte activa en lo que es la Revolución. Y la obligación de la Biblioteca es tomar parte muy activa en la construcción de la nueva sociedad (Freyre de Andrade, 1964, p. 3).

El modelo que Freyre de Andrade descarta es el de la Biblioteca Británica, que no era por entonces la biblioteca más organizada y más moderna del mundo. Tal vez porque Cuba estaba en una situación de guerra no declarada con los Estados Unidos, la bibliotecaria no podía mencionar siquiera a los pioneros del movimiento bibliotecario de ese país, ni poner a la Biblioteca del Congreso estadounidense como líder en materia de catalogación y clasificación en el mundo.

¿Cómo deben ser las bibliotecas de una sociedad socialista? Esta pregunta es central para la bibliotecaria revolucionaria. Es necesario decidir si se comprarán libros de librerías populares, si serán distribuidos por los barrios y de qué forma se los harán llegar al lector. En todo caso, ella está segura de algo: «Todo esto lo tiene que decidir el pueblo» (p. 3). La idea de que un pueblo recientemente alfabetizado está en condiciones de armar su propia lista de compras de libros puede sonar en principio un poco idealista. Freyre de Andrade se debate entre el principio de la autonomía del lector y la necesidad de la Biblioteca Nacional de acompañar la construcción del socialismo, sin darse cuenta, tal vez, de que esos objetivos son contradictorios.

Y es aquí donde su discurso se vuelve más vulnerable, a los ojos del comisariado cultural de la Revolución. Ella les pide tanto a bibliotecarios como a usuarios que «sean sinceros». Que el lector no se avergüence de mostrar su falta de preparación o su indecisión al pedir un libro. Y que los bibliotecarios entren en una relación personal y cercana con los lectores, para poder anticipar sus gustos y sugerirles las lecturas apropiadas.

Entonces el que está en la biblioteca, tiene la obligación de conversar con el compañero, de conocerlo un poco más y de ofrecerle distintos libros, advirtiéndole que si una obra no le interesa lo diga sinceramente, porque se le puede encontrar otra que seguramente le va a interesar (p. 4).

Al instante se da cuenta de que está adentrándose en un territorio peligroso y gira su discurso hacia el otro extremo. El bibliotecario revolucionario debe tener el libro «en la mano» para poder ayudar al nuevo lector, al compañero, a comprender mejor las transformaciones que está experimentando la isla en su camino al socialismo. Esto naturalmente cerrará bastante el horizonte de lecturas, pero ella no lo dice. Y vuelve a la fórmula: «Vamos a leer como hombres sinceros». En su siguiente párrafo, la bibliotecaria revolucionaria parece indicar que se inclina por una lectura útil y a la vez emotiva, que juega peligrosamente con el concepto burgués de libertad de elección¹³.

¹³ «Si llega el caso, digamos: “este magnífico libro no me interesa”, pues vale más leer un libro que no tenga calidad, que no sea un libro genial, pero que nos llegue hondo y nos aporte algo» (Freyre de Andrade, 1964, p. 4).

Los bibliotecarios deben ayudar a los lectores a escoger libros de acuerdo con sus preferencias personales y, al mismo tiempo, ayudar a la formación entre ellos de una conciencia revolucionaria. Esto requiere un balance difícil. Ella preferiría que la biblioteca fuese una gran estantería abierta donde «cada uno pueda tomar una obra, hojearla y dejarla, prosiguiendo así hasta encontrar el libro que le viene bien a su interés permanente y a su estado de ánimo» (p. 4). Pero si esto fuera así —agrego yo— estaríamos en el territorio de la libre elección y de la soberanía del consumidor, un territorio capitalista-burgués por excelencia.

Difícilmente sabremos hacia dónde apuntaba realmente el discurso de Freyre de Andrade a los jóvenes comunistas, si hacia la construcción de una biblioteca subordinada a la construcción del socialismo, o hacia una biblioteca orientada a mantener una colección adecuada a las preferencias de los lectores. Por lo que sabemos, Freyre de Andrade nunca se pronunció en contra del monopolio estatal en la producción de libros, ni en contra del giro hacia la cooperación cultural con el bloque soviético. La bibliotecaria cerró el discurso saludando a la juventud comunista por sus esfuerzos en mejorar individualmente para servir mejor a la Revolución. Tal vez pensara que el mejoramiento individual y el colectivismo no eran incompatibles. Por las dudas, se despidió de los jóvenes comunistas diciendo: «Patria o Muerte. Venceremos».

Sabemos poco acerca de la relación de María Teresa con la dirigencia revolucionaria y sobre los factores que precipitaron su caída en desgracia. Es evidente que sus ideas —sobre la importancia de las bibliotecas infantiles y la necesidad de contar con una biblioteca moderna de estantes abiertos, así como la propuesta de llevar el libro al lector y de organizar una red nacional de bibliotecas— fueron transmitidas a Castro en los años formativos de la Revolución. Pero también es claro que hacia 1965-1967 su figura comenzó a estar bajo sospecha hasta que finalmente un episodio peculiar motivó su alejamiento de la Biblioteca Nacional. Para esclarecer este punto, debemos recurrir al testimonio de un escritor.

Reinaldo Arenas, el escritor disidente cubano, trabajó como investigador en la Biblioteca Nacional¹⁴. En *Antes que anochezca*, Arenas narra su traslado del Instituto Nacional de Reforma Agraria a la Biblioteca Nacional cuando esta aún conservaba su esplendor bajo el liderazgo de María Teresa¹⁵. De ella, dice que pertenecía a una familia aristocrática de tradición revolucionaria —independentista, antimachadista— y que manejaba la Biblioteca Nacional «espléndidamente».

¹⁴ Según Nieves Olcoz, «Arenas, becario del partido, se lee toda la Biblioteca Nacional de La Habana o el tesoro humanístico de María Teresa Freyre de Andrade» (Olcoz, 1999, p. 72).

¹⁵ En la biblioteca, él pudo escribir *Celestino antes del Alba* y llegó a leer muchos de los libros de aquellas galerías. Allí Arenas leyó a Borges y aprendió uno que otro truco del escritor argentino.

Ella protegía a jóvenes poetas que no estaban a favor de Castro. Arenas cuenta que su trabajo en la biblioteca le dejaba tiempo suficiente para leer. Cuenta que en las noches en que le tocaba hacer guardia, él disfrutaba el placer de elegir un libro al azar¹⁶; sus compañeros Eliseo Diego y Cintio Vitier lo guiaban en la elección de los libros. Ambos estaban en contra de Fidel y de la Revolución, pero no se atrevían a intentar escapar. Luego ambos se convirtieron en intelectuales orgánicos de la Revolución.

Uno de esos días, relata Arenas, un escándalo se desató en la biblioteca. Dos empleadas mujeres muy conocidas fueron sorprendidas en el baño teniendo relaciones. María Teresa las perdonó, diciendo que no era de su incumbencia hacer de policía moral. Por su generosidad y tolerancia, el régimen infiltró su biblioteca de «enemigos», gente resentida y envidiosa. Una de ellas era María Luisa Gil, una estalinista española casada con un viejo miembro del Partido Comunista. Poco a poco, la biblioteca se cubrió de rumores. Se decía que María Teresa era lesbiana, aristocrática y contrarrevolucionaria. Finalmente, sus enemigos consiguieron hacerla renunciar. «María Teresa —escribe Arenas— dejó la biblioteca en lágrimas». Su reemplazante fue Sidroc Ramos, un capitán de la policía castrista (Arenas, 1992, p. 75). Era de esperar que, a partir de entonces, el control ideológico de las lecturas se hiciera más estricto.

LIBROS MASIVOS, LECTURAS PRESELECCIONADAS

A poco de tomar el poder, el gobierno revolucionario expropió dos periódicos —*El País* y *Excelsior*— y los transformó en una imprenta estatal que monopolizaría la producción de libros. La Imprenta Nacional, luego subdividida en varias editoriales, manejó la política de producción de libros y les dio prioridad a textos escolares, libros técnicos y obras literarias y marxistas. Alejo Carpentier ocupó durante muchos años el cargo de director, por lo que imprimió su visión de calidad estética a las ediciones literarias. Sabemos que el primer libro que publicó la Imprenta Nacional fue *Don Quijote*, con un tiraje de cien mil ejemplares (Santonja & Estrada, 2012, p. 17)¹⁷. Luego vinieron las ediciones de José Martí, los clásicos del marxismo-leninismo y una selección acotada de títulos de la literatura latinoamericana y universal.

Bajo el control del Estado, la industria editorial cubana creció de manera explosiva. El Instituto Cubano del Libro, fundado en 1967, celebró la publicación

¹⁶ «Caminando entre las estanterías veía radiante la promesa de un misterio» (Arenas, 1992, p. 72).

¹⁷ Hay una disputa acerca del origen de esta idea. El mito sostiene que fueron los trabajadores de la nueva imprenta quienes sugirieron la impresión del libro de Cervantes. Carlos Franqui sostiene que la idea fue suya y que él pensaba publicar «millones de ejemplares». La viuda de Carpentier por su parte, reivindica la idea como propia de su marido, por entonces subdirector de Cultura.

del ejemplar número cien millones en junio de 1973 (Matthews, 1975, p. 335). Muchos de los simpatizantes de la Revolución consideraban su política editorial como una de las grandes transformaciones del periodo. Lee Lockwood, un periodista norteamericano, visitó Cuba en varias oportunidades entre 1959 y 1965. Aunque mostró reservas sobre otras áreas de la política revolucionaria —la libertad de expresión, los prisioneros políticos, el adoctrinamiento marxista—, Lockwood quedó fascinado con la personalidad de Castro y volvió convencido de que la Revolución había mejorado el nivel de vida de las mayorías. Con respecto a los libros, escribió:

El Instituto Cubano del Libro (fundado en 1959) publica veinte millones de volúmenes por año. Se trata principalmente de manuales, pero obras literarias de autores tan diversos como Proust, Faulkner, Kafka, Sartre, Robbe-Grillet, Genet, Capote y Marcuse también se publican en elegantes ediciones de diez mil [ejemplares] y se venden inmediatamente. Lo mismo con las obras de importantes escritores cubanos como Alejo Carpentier y Lezama Lima y jóvenes autores como Edmundo Desnoes, Heberto Padilla, Pablo Armando [Fernández], Roberto F. Retamar, Lisandro Otero y Miguel Barnet (Lockwood, 1969, p. 136).

En su visión, la Revolución estaba produciendo libros de autores renombrados, cubanos y extranjeros, en ediciones realmente masivas. Otros visitantes tuvieron la misma impresión, y agregaban a su comentario la sorpresa de que los lectores devoraban las nuevas ediciones en cuestión de días. En 1968 Mario Benedetti, uno de los literatos amigos de la Revolución, escribió un ensayo elogiando el éxito alcanzado en la producción y distribución de libros¹⁸. A todas luces, Cuba se había transformado en un país de ávidos lectores. El escritor uruguayo se maravilló con la rapidez con que los nuevos libros desaparecían de los estantes: «Un pequeño país, que anualmente publica trece millones de copias de libros, que ha sido exitoso en formar un público que agota en unos pocos días, y a veces en unas pocas horas, tiradas de diez, quince y veinte mil volúmenes [...] es obviamente un país que ha sabido crear condiciones e instrumentos con alta efectividad» (Benedetti, 1972). Su explicación al fenómeno era sencilla: los alfabetizados a partir de 1961 se habían convertido en adultos ávidos de conocimiento y de cultura¹⁹.

¹⁸ El ensayo fue publicado originariamente en la revista *Marcha* y luego traducido al inglés y publicado en un volumen editado por Rolando Bonachea y Nelson Valdés (Benedetti, 1972).

¹⁹ En su revisión del estado de la cultura en Cuba, Benedetti fue más favorable con la poesía y la pintura que con la narrativa. Tal vez los escritores cubanos no se habían puesto a la altura de la demanda. Pero Cuba exhibía unos cuantos grandes maestros de la narrativa y la poesía, como Carpentier y Guillén, y su pintura y cine mostraban una renovada vitalidad.

Sin embargo, por otro lado, varias fuentes coinciden en señalar que era difícil conseguir libros en Cuba y que las librerías no parecían tener suficiente stock. A principios de los años setenta, Haydée Santamaría, exdirectora de Casa de las Américas, atribuyó este fenómeno al exceso de demanda. Santamaría explicó a un visitante norteamericano que «ellos simplemente no podían mantener [la producción de libros] al ritmo de la demanda». Si ellos publicaban 80 000 copias del *Quijote*, dijo, la edición desaparecía en unos pocos días de las librerías (Matthews, 1975, p. 335). ¿A qué se debía esta avidez del público lector? Herbert Matthews lo asoció con la peculiar costumbre de los cubanos de acumular libros en sus hogares. Los lectores cubanos, a pesar de vivir en una sociedad socialista, mostraban hábitos de posesión individual propios de las sociedades capitalistas. Explicó: «Los cubanos no tienen la costumbre de usar las bibliotecas públicas. Ellos compran libros y los mantienen en sus hogares. En La Habana, la Universidad tiene una biblioteca de préstamos; los libros pueden tomarse prestados por un mes, pero muchos de ellos nunca son devueltos. Los libros importados son arrebatados en un día o dos» (Matthews, 1975, p. 335).

A primera vista, las cifras de producción indicaban que en la Cuba socialista había más bien sobreoferta de libros —o, al menos, un crecimiento explosivo de la oferta de libros consistente con la política cultural y educativa de la Revolución—. Pero, como lo indican Santamaría, Benedetti y otros, la demanda de libros crecía aún más rápidamente. Los libros desaparecían de las librerías apenas salían a la venta. Un tercer elemento, tanto o más importante, fue la preselección que se hacía en aquel catálogo de títulos. La oferta de libros, aunque superabundante en cantidad, sufría serias limitaciones en su cobertura. La selección de títulos fue recortada, en parte, por razones ideológicas y, en parte, debido a preferencias estéticas de la élite revolucionaria.

Paul Hoffman, uno de los periodistas que visitaron la isla a mediados de la década de 1960, reportó acerca de los libros disponibles al público en las librerías estatales. En la tienda del hotel Habana Libre (ex Hilton Hotel), el lector podía encontrar una selección de obras de autores marxistas traducidas al castellano: Marx, Engels, Lenin, Stalin y Khrushchev. El lector de ficción podía escoger entre las obras de Tolstoi, Gogol y Dostoievsky. También estaban disponibles las obras completas de José Martí en edición económica. Revisando los estantes, el lector podía encontrar cuentos de Kafka, algo de Schiller y de von Kleist, pero muy poco de autores ingleses o estadounidenses, aunque sí estaban *Moby Dick*, *Las uvas de la ira*, *Tom Sawyer*, algo de Dickens y *Sherlock Holmes*. Hoffman (1965) se sorprendió al no encontrar obras de Hemingway, el autor norteamericano más cercano a Cuba. Con el tiempo, la propia realidad se encargaría de enmendar esta falencia, ya que,

tal vez debido a la preferencia de Castro, Hemingway se transformó en un autor venerado en la isla²⁰.

La selección de títulos publicados en Cuba generaba un sesgo en el catálogo que producía un efecto peculiar: las obras literarias desaparecían rápidamente, mientras que los manuales marxistas siempre estaban en disponibilidad; «El hambre por la palabra impresa está por todas partes», escribió Hoffman.

Los visitantes también opinaron sobre la censura. Al principio los revolucionarios no mostraron una inclinación por expurgar libros prohibidos de las bibliotecas. Matthews encontró, a principios de la década de 1970, pocas restricciones sobre autores o libros. La censura que siguió a las «Palabras a los Intelectuales» de Fidel Castro (1961) fue para él un fenómeno temporario. Aún podían encontrarse en La Habana librerías que vendían libros, revistas y periódicos que el gobierno consideraba contrarrevolucionarios. Aunque Matthews reconoció el cierre de *Lunes de Revolución*, la desaparición del mercado de publicaciones extranjeras y el rígido control a las comunicaciones —prensa, radio y televisión—, él entendió que durante la primera década la Revolución había sido bastante tolerante en materia de libertad de imprenta (Matthews, 1975, p. 320). Un par de años antes, Hugh Thomas había encontrado algo similar. Durante los primeros años de la Revolución no hubo ninguna purga aparente en las colecciones de las bibliotecas. Por error u omisión, en las bibliotecas podían aún encontrarse, por ejemplo, obras de Orwell. Thomas atribuía esta situación a la «inteligencia y humanidad» de la directora de la Biblioteca Nacional, María Teresa Freyre de Andrade (Thomas, 1971, p. 1343)²¹.

Pero las cosas habían cambiado mucho a inicios de los años setenta. A partir de 1968, el país había entrado en un aislamiento internacional preocupante y esto había acentuado la censura oficial. El «*affaire* Heberto Padilla» (1971-1972), un poeta que había sido arrestado bajo acusaciones de ser contrarrevolucionario y luego obligado a retractarse al más puro estilo soviético, había roto el equilibrio previo y llevado al gobierno hacia políticas de intolerancia y persecución. La Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) se alineó entonces con Castro y promovió una política de exclusión hacia los intelectuales disidentes (Matthews, 1975, pp. 321-323).

²⁰ Sobre los gustos literarios de Fidel Castro, véase Rojas, 2009 (pp. 182-191).

²¹ Hugh Thomas escribe: «No hubo purga de bibliotecas: Orwell aún podía encontrarse en la Biblioteca Nacional, aunque una nueva impresión de *Doctor Zhivago* [publicada] en Buenos Aires fue aparentemente incautada a comienzos de 1961 como literatura contra-revolucionaria. [...] Mucho depende de quien toma las decisiones: así, la directora de la Biblioteca Nacional, María Teresa Freyre de Andrade, una ex Ortodoxa, y en los años 1930 miembro de los Jóvenes Revolucionarios Cubanos fue una mujer de inteligencia y humanidad» (Thomas, 1971, p. 1343).

¿Hubo sobreoferta o escasez de libros durante la primera década de la Revolución? Aunque sin resolver definitivamente esta cuestión, podríamos especular, en base a la evidencia disponible, que hubo una enorme producción de libros que se «vacía» apenas llegaba a las librerías oficiales, en particular en el campo de las Humanidades. La Imprenta Nacional dedicaba buena parte del papel importado a la producción de manuales y libros de texto y el resto lo destinaba a una selección de autores de fama internacional y al fomento de la literatura cubana. Si los libros se vendían a muy bajo precio, es muy posible que ediciones de decenas de miles de ejemplares desaparecieran en horas o días, dependiendo de la fama del autor²². Otras editoriales, en particular Casa de las Américas, pusieron en circulación amplias ediciones de importantes autores latinoamericanos (Neruda, Cortázar, Vallejo, García Márquez) que, de ese modo, llegaron al gran público en tirajes de hasta 10 000 ejemplares.

Pese a todo, la lista de títulos a publicar, debido a la preselección que realizaban funcionarios e intelectuales que aplicaban, en mayor o menor medida, las directrices de la Revolución, y también a fuertes restricciones presupuestarias, resultaba en una diversidad mucho menor que el catálogo de las editoriales de otros países latinoamericanos. El imperativo estatal de destinar mayor cantidad de recursos a textos escolares que a la literatura, la historia o la ciencia imponía una fuerte restricción a la variedad de autores y títulos. Además, la preselección de títulos por el comisariado cultural de la Revolución contribuía a crear esta sensación de que en Cuba los estantes de las librerías estaban por lo general vacíos²³.

LA MIRADA DE UN COMUNISTA ESPAÑOL

Los viajeros a la Cuba revolucionaria percibieron cambios notables en materia de lectura popular y política de impresión de libros. Algunos se concentraron en la cuestión del «intelectual revolucionario» y le prestaron poca o ninguna atención a la cuestión de los libros y las bibliotecas —como Sartre y Ginsberg, por ejemplo—; otros se dejaron atrapar por la magnética personalidad de Castro y dejaron solo comentarios breves e impresionistas sobre la censura, las publicaciones oficiales y la disponibilidad de libros en Cuba —como Matthews y Hoffman—. Los visitantes, muchos de ellos afines al proyecto revolucionario, dejaron impresiones claras sobre la expansión del universo de lectores y la publicación estatal de libros baratos; en

²² Por otro lado, en un sistema de racionamiento, la previa selección hecha por las autoridades de Estado daba al lector nuevo cierto sello de calidad. Esto hacía más imperioso comprar el libro apenas era publicado.

²³ Para una discusión sobre la ausencia de ciertos libros en la Cuba contemporánea, véase Rojas, 2009.

contadas ocasiones, también criticaron las elecciones del comisariado cultural de la Revolución acerca de qué libros debía leer el pueblo. Casi ninguno dejó por escrito sus observaciones sobre las bibliotecas. El caso del comunista español Alfonso Comín es en este sentido una excepción.

Comín, periodista y dirigente del Partido Comunista Español, hizo una visita a Cuba en febrero de 1978 para tener una impresión personal de los progresos de la Revolución. De lo que pudo informarse, sacó la conclusión de que las campañas de alfabetización habían creado una enorme cantidad de nuevos lectores y además generado una verdadera avidez por los libros y una pasión por la lectura (Comín, 1979, p. 56)²⁴. Un sábado se acercó a la librería «La Moderna Poesía», en la cual Fernández Retamar presentaba su último libro. Los ejemplares del nuevo libro se agotaron en unas horas. Quedó fascinado por lo que vio allí. «No solo por el hecho de la venta. Sino por el público que compra, de las más variadas procedencias, por la pasión por la lectura que constato a cada paso en Cuba» (p. 223). Las tiradas grandes hacían los libros más baratos. Y los nuevos letrados, ávidos de leer, compraban todo lo que se ofrecía.

El relato de Comín parece reflejar la retórica oficial de que la campaña de alfabetización había democratizado radicalmente la lectura en la isla. Así, escribió: «Hay una gran preocupación, una política orientada a que el libro llegue al rincón más recóndito del país» (p. 318). El Ministerio de Cultura distribuía libros gratuitos a todas las escuelas, de modo que los escolares disponían de todos los materiales de lectura sin costo alguno. En efecto, su relato confirma la narrativa revolucionaria. Con relación a las bibliotecas, cita las palabras del vicedirector de la Biblioteca Nacional, Rolando Álvarez: «Es una explosión cultural lo que hay en Cuba [...] con los microbuses llegamos a los lugares más recónditos, campesinos que nunca han ido a una biblioteca, la tienen ahí» (citado en Comín 1979, p. 320). Este mismo informante le proveyó de información adicional: los campesinos piden libros, eligen a Gorki y a Dostoievski sobre otras alternativas más dogmáticas o aburridas (p. 320)²⁵. Comín no encontró autores norteamericanos en los estantes. Y tampoco vio en las librerías obras representativas del marxismo occidental o europeo, como Korsh, Lukacs, Adorno, Marcuse, Gramsci, entre otros.

²⁴ Reprodujo la información que le pasaron acerca de la magnitud de la Campaña de Alfabetización de 1961: se habían localizado 979 000 analfabetos, se habían movilizado 120 000 instructores, además de los 100 000 de la Brigada Conrado Benítez, y como resultado de ello, se había reducido drásticamente la tasa de analfabetismo (Comín, 1979, pp. 187-189).

²⁵ «En muchos lugares [los campesinos] leen a Gorki. Piden ya autores concretos, Dostoyevsky, por ejemplo. Hasta en burro hemos hecho llegar libros y películas» (Rolando Álvarez, citado en Comín, 1979, p. 320).

Después de su visita a varios establecimientos educativos, Comín quedó convencido de que Cuba era la tierra del «manualismo» en versión soviética. En el Instituto Politécnico Superior, preguntó a los alumnos de ingeniería y arquitectura qué leían para la materia Filosofía. Le contestaron que leían *Los fundamentos de filosofía marxista-leninista* de F. V. Konstantinov. Este manual, producido por la Academia de Ciencias de Rusia era muy popular en la Unión Soviética, solo que los cubanos le habían agregado una introducción a cargo de Gaspar Jorge García Gallo que proponía una lectura menos dogmática del marxismo (Comín, 1979, pp. 209-211). Más tarde, Comín visitó la isla de Pinos, antiguo sitio del Presidio Modelo ahora transformado en un complejo educacional formado por 41 escuelas secundarias a las que asistían 21 000 jóvenes. Allí tuvo la oportunidad y el tiempo para recorrer la biblioteca:

En la biblioteca repaso estanterías y libros; como ya he apuntado constato la existencia masiva de los clásicos marxistas, versión Ediciones Progreso de Moscú. Hay también estanterías dedicadas a la historia de España, amén de los textos fundamentales de la Revolución cubana. Todas las secundarias reciben del Ministerio de Cultura lotes de libros, junto a los textos de consulta escolar; literatura, teoría marxista-leninista e historia ocupan lugares preferentes (Comín, 1979, p. 343).

Este reporte confirma los relatos de los propios bibliotecarios. Además de la literatura de adoctrinamiento en la ideología marxista-leninista, las bibliotecas privilegian los manuales escolares, la literatura y la historia cubanas. Esto debido a que, al cerrarse las importaciones del mundo capitalista, Cuba debió producir sus propios libros. Las imprentas estatales privilegiaron la publicación de manuales rusos, así como de obras de autores cubanos. Para acompañar las políticas educativas de la Revolución, las editoriales oficiales centraron su atención en la publicación de libros de texto. Y aquí el autor encuentra un elemento algo alarmante: «la cuestión del manualismo». Los estudiantes, dice Comín, no leen obras originales; con los manuales y las explicaciones del profesor tienen suficiente (pp. 209-211).

A MANERA DE CONCLUSIÓN: BIBLIOTECAS Y LECTURA EN LA CUBA SOCIALISTA

Los líderes de la Revolución prometieron una verdadera revolución en materia de libros, lecturas y bibliotecas. La campaña de alfabetización (1961) fue un momento de transformación sin precedentes que modificó el panorama cultural en Cuba y generó una multitud de nuevos lectores, ávidos de acceso al mundo de las letras, la historia y el conocimiento en general. En apariencia, la Revolución extendió su

impronta transformadora hacia el terreno de las bibliotecas. Muchas colecciones privadas fueron expropiadas y puestas bajo el control centralizado de la Biblioteca Nacional. Una red de bibliotecas públicas, escolares y municipales, coordinada desde la BNC, hizo circular libros de una manera que no era común durante el periodo prerrevolucionario. Y la ampliada producción de libros de la Imprenta Nacional hizo que aumentaran los acervos de muchas bibliotecas.

María Teresa Freyre de Andrade, la bibliotecaria en jefe de la Revolución, imprimió sus ideas al proyecto revolucionario. Para ella, las bibliotecas públicas debían ser vehículo de la difusión de ideas, estar al servicio de los trabajadores y, al mismo tiempo, servir a la construcción de una sociedad participativa y comunitaria. Había que llevar el libro al lector y, lo que era más importante, incentivar la lectura en niños y jóvenes. Por ello, concibió a la Biblioteca Nacional como un centro de irradiación de cultura. Además, según su criterio, la biblioteca debía ser «polifónica»; es decir, contener no solo libros, sino todo tipo de representaciones de la cultura: música, teatro, cuentos, leyendas, cine, pintura, mapas, etcétera. Freyre de Andrade abogó por mantener una vía autónoma en la acumulación de bibliografía, que no dependiera ni de modelos bibliotecarios extranjeros, ni de la importación de libros de otros países. Solo que, tal vez, viniendo de una formación aristocrática y liberal, continuó defendiendo el principio de elección individual de la lectura. Esta defensa de la autonomía del lector, junto con su tolerancia de sexualidades alternativas, fue creando tensiones con los sectores más dogmáticos del régimen que finalmente llevarían a su renuncia en 1967, como vimos anteriormente.

Las ideas que promovió Freyre de Andrade en los primeros ocho años de la Revolución no eran nuevas. Las había formado durante sus años de trabajo en el Lyceum del Lawn Tennis Club y en los cursos de verano de la Universidad de La Habana. Aunque nacionalista, su visión era también democrática. Sus viajes a Estados Unidos —sobre todo su estadía en la Biblioteca Pública de Nueva York— reforzaron su creencia en la función educadora y democrática que debían cumplir las bibliotecas populares. O tal vez su vocación ya estuviese formada en los años treinta, cuando estudió en París. Su propio pasado —su paso por el partido ortodoxo, sus relaciones con el Lawn Tennis Club, su experiencia en Estados Unidos y finalmente su trabajo como asesora de la UNESCO— se volvió en su contra. Entonces, cuando Cuba giró hacia el modelo soviético —Estado centralizado, partido único, ideología oficial—, crecieron las tensiones con el liderazgo revolucionario.

Leído fuera de su contexto, el discurso que María Teresa dirigió a los jóvenes comunistas en 1964 parece inocuo o, mejor dicho, partisano. Pero, a partir de 1965, estas palabras resonarían como sospechosas de actividad contrarrevolucionaria en un contexto de rápido cerramiento ideológico del régimen castrista. Entonces, el dogmatismo, la pureza socialista y la intolerancia ante cualquier disidencia se

volvieron predominantes. En este nuevo contexto, la tímida sugerencia de María Teresa de que se dejara al lector elegir lo que quisiera comenzó a sonar «burgués» y anacrónico para la construcción del socialismo. A las sospechas de Reinaldo Arenas habría que agregar entonces otro condimento: el giro soviético del régimen que tomó por sorpresa a muchos partidarios de la Revolución.

Esta logró ampliar notablemente el número de lectores y democratizar en cierta medida el acceso al conocimiento, al distribuir en forma masiva y gratuita manuales y textos educativos. Además, la Imprenta del Estado y organismos culturales como Casa de las Américas pusieron obras maestras de la literatura universal y latinoamericana a disposición de campesinos y obreros. En este sentido, resulta verosímil la proposición de que campesinos y obreros pudieron leer a Cervantes, a Gorki y a Martí. Pero, tal vez, no mucho más que esto. Porque, entre 1968 y mediados de los años setenta, hubo un estrechamiento en la diversidad de lecturas, así como una creciente censura sobre lo que era permitido leer. El monopolio estatal en la producción y distribución de libros afectó el mundo de las lecturas, tanto como las «adquisiciones» de las bibliotecas.

Para producir libros para las masas, el Estado cubano debió restringir la lista de libros que publicaba anualmente. Consistente con la política educativa de la Revolución, muchos de los libros que produjo la Imprenta Nacional fueron manuales y, por tanto, como sugiere Comín, la enseñanza secundaria y aún universitaria en Cuba comenzó a padecer de un nuevo problema: «el manualismo». Debemos a la tenacidad e influencia de Carpentier y a la labor de algunas editoriales no directamente controladas por el Estado, el hecho de que campesinos y obreros no tuvieran que elegir solo entre Marx, Lenin y Stalin, en las descuidadas ediciones de la editorial Progreso de Moscú.

El cerramiento del catálogo de lecturas tuvo un desenlace aún más paradójico. Tanto la Imprenta Nacional como la Biblioteca Nacional trataron de difundir las novedades en ciencia y técnica en su versión soviética. También es cierto que se promocionó la publicación, lectura e investigación de libros de literatura, historia y cultura cubanas. Pero fue inevitable —por las propias restricciones a la importación— que muchas publicaciones extranjeras en Humanidades y Ciencias Sociales no llegaran a los lectores de una sociedad que supuestamente estaba construyendo el Hombre Nuevo. Mucha bibliografía que paradójicamente servía para fortalecer el sueño revolucionario —entre ella, las producciones del marxismo occidental— nunca llegó al lector cubano, o lo hizo de manera recortada, arbitraria y caprichosa (Rojas, 2009).

La censura, el secreto de Estado y el temor a la delación dificultan el esclarecimiento de estos eventos y procesos. En realidad, lo que sabemos sobre el «vaciamiento» de libros y la creciente censura estatal al mundo de la lectura proviene

de revelaciones de escritores del exilio durante el «periodo especial» (Rojas, 2009). El juicio histórico sobre la labor de María Teresa Freyre de Andrade, la bibliotecaria de la Revolución, queda así con espacios vacíos que es necesario llenar. Lo mismo se podría decir acerca de la condición, servicios y uso cotidiano de la Biblioteca Nacional durante esos años cruciales de construcción del socialismo en Cuba. Falta evidencia cualitativa y cuantitativa confiable para plantear una visión más densa e informada sobre estos aspectos centrales del tema que nos convoca. Y los intelectuales de izquierda, cubanos y extranjeros, no ayudan al esclarecimiento. Escribieron ríos de tinta sobre la situación del «intelectual revolucionario», sobre el artista y escritor «comprometido», pero dedicaron casi nula atención a estos dos elementos fundantes de la cultura occidental: el libro y las bibliotecas.

BIBLIOGRAFÍA

- Abendroth, Mark (2009). *Rebel Literacy. Cuba's National Literacy Campaign and Critical Global Citizenship*. Duluth: Litwin.
- Arenas, Reinaldo (1992). *Antes que anochezca*. Barcelona: Tusquets.
- Benedetti, Mario (1972). Present Status of Cuban Culture. En Rolando Bonachea y Nelson Valdés (eds.). *Cuba in Revolution* (pp. 500-526). Garden City: Anchor.
- Cabrera Infante, Guillermo (1992). *Mea Cuba*. Barcelona: Plaza & Janes.
- Carranza, Araceli & Xonia Jiménez López (1992). Biblioteca Nacional de Cuba. *Boletín ANABAD*, 42(3/4), 117-132.
- Chesepiuk, Ron (1990). Cuban Libraries: 30 Years After the Revolution. *American Libraries*, 21(10), 994-997.
- Comín, Alfonso (1979). *Cuba: Entre el silencio y la utopía*. Barcelona: Laia.
- Costa, Marithelma & Adelaida López (1985). Reinaldo Arenas: Otra vez el mar (entrevista). *Revista de la Universidad de México*, 414, 11-16.
- Egorov, Dimitri N. (1930). Russian Libraries since the Revolution. *Library Review*, 2(6), 329-332.
- Fernández Retamar, Roberto (2004). *Cuba defendida*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Fernández Robaina, Tomás (2001). *Apuntes para la historia de la Biblioteca Nacional José Martí de Cuba*. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí.
- Fey, Stephen (2011). Liminal Visitors to an Island on the Edge: Sartre and Ginsberg in Revolutionary Cuba. *Studies in Travel Writing*, 15(4), 407-425.
- Freyre de Andrade, María Teresa (1964). *La Biblioteca y la Revolución*. La Habana: Unión de Jóvenes Comunistas de la Biblioteca Nacional.

- Frías Guzmán, Maylín & Zoia Rivera (2008). El pragmatismo en la bibliotecología cubana de la República. *ACIMED*, 17(6). http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1024-94352008000600003
- García Luis, Julio (ed.) (2008). *Cuban Revolution Reader. A Documentary History of Fidel Castro's Revolution* (segunda edición). Melbourne y Nueva York: Ocean Press.
- Green, Ashbel (1995). Bringing Books to Cuba: A Delegate's Account. *The New Leader*, 78(3).
- Guerra, Wendy (2014). Libros desnudos. *El País*, 29 de mayo. https://elpais.com/cultura/2014/05/29/babelia/1401357451_236134.html
- Hoffman, Paul (1965). Literary Letter from Cuba. *The New York Times*, 7 de marzo.
- Leiner, Marvin (1984). Cuba's Schools: 25 Years Later. En Sandor Halebsky y John M. Kirk (eds.), *Cuba. Twenty-Five Years of Revolution, 1959-1984* (pp. 27-44). Westport: Praeger.
- Levinson, Sandra & Carol Brightman (eds.) (1971). *Venceremos Brigade. Young Americans Sharing the Life and Work of Revolutionary Cuba*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Lievesley, Geraldine (2004). *The Cuban Revolution. Past, Present and Future Perspectives*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Lockwood, Lee (1969). *Castro's Cuba, Cuba's Fidel. An American Journalist's Inside Look at Today's Cuba*. Nueva York: Vintage Books.
- Matthews, Herbert L. (1975). *Revolution in Cuba. An Essay in Understanding*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.
- McGee, Brian (1999). A Skewed Utopia. *Index on Censorship*, 28(2), 191-193.
- Meneses-Tello, Felipe. (2005). Las «bibliotecas independientes» en Cuba: una bibliografía que revela parte de la «disidencia» contrarrevolucionaria auspiciada por el gobierno de los Estados Unidos. *Librinsula: la Isla de los Libros*, 2(84). <http://eprints.rclis.org/7147/1/Las%27bibliotecasindependientes%27enCuba.pdf>.
- Moncada Patiño, José Daniel (2008). *La biblioteca pública como institución social*. Medellín: Escuela Interamericana de Bibliotecología.
- Montes de Oca Sanchez, Dania & Zoia Rivera (2006). María Teresa de Andrade: Fundadora de la bibliotecología cubana. *ACIMED*, 14(3). http://bvs.sld.cu/revistas/aci/vol14_3_06/aci06306.htm
- Oberg, Larry R. (2002). Cuba: Reflections on the Country and its Libraries. *College & Undergraduate Libraries*, 9(1), 97-109.
- Olcoz, Nieves (1999). Delitos y sueños de Reinaldo Arenas. *Estudios Públicos*, 76, 67-90.

- Pérez Cruz, Felipe de Jesús (2001). *La alfabetización en Cuba. Lectura histórica para pensar el presente*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pérez Matos, Nuria E. (2005). La formación de bibliotecaria en Cuba: una mirada a través de los documentos. *ACIMED*, 13(3). Disponible en: http://bvs.sld.cu/revistas/aci/vol13_3_05/aci08305.
- Ramos, Sidroc (1972). Twelve Years' Work at the National Library of Cuba. *UNESCO Bulletin for Libraries*, 26(4), 210-213.
- Riveros Guerrero, Juan Alberto, Oscar Salamanca & Paul Moreno Torres (2012). Lectura y biblioteca pública: perspectivas sociales en el discurso de la modernidad. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 35(1), 7-16.
- Rojas, Rafael (2009). *El estante vacío. Literatura y política en Cuba*. Barcelona: Anagrama.
- Santonja Gómez-Agero, Gonzalo & María Antonia de Isabel Estrada (2012). El Quijote en la Cuba de Fidel Castro. *La Colmena*, 73, 15-20.
- Sartre, Jean Paul (1961). *Sartre visita a Cuba* (segunda edición). La Habana: Literatura y Ediciones R.
- Scheppke, Jim (1991). The Truth about Cuban Libraries. *American Libraries*, 22(2), 138.
- Suárez Amador, José (2009). *Maestros de verde olivo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Thomas, Hugh (1971). *Cuba or the Pursuit of Freedom*. Londres: Eyre & Spottiswoodie.
- Tinajero, Araceli (2007). *El lector de tabaquería: Historia de una tradición cubana*. Madrid: Verbum.
- Unruh, Vicky (2013). Unpacking the Libraries of Post-Soviet Cuba. *Revista de Estudios Hispánicos*, 47(2), 175-198.
- Valdés, Nelson (1972). The Radical Transformation of Cuban Education. En Rolando Bonachea y Nelson Valdés (eds.), *Cuba in Revolution* (pp. 442-455). Garden City: Anchor y Doubleday.
- Viciedo Valdés, Miguel (2009). *Biblioteca pública y revolución: su desarrollo de 1959 a 1989*. La Habana: Extramuros.
- Vitier, Cintio (1994). «El escritor y la biblioteca». *Conferences and Proceedings. 60th IFLA General Conference*. La Habana, 21-24 de agosto.